

Boloña y que a los veintiún años, cuando entró al servicio del Cardenal de Este y fué admitido en la Corte de Ferrara, era ya célebre por su obra «Rinaldo», novela de caballería en verso. Tras una escena escandalosa, en medio de la Corte donde residía su bienhechor, el poeta fué encerrado en el Convento de los Monjes de Santa Ana por el lapso de siete años. Allí lo visitó el gran Montaigne que estampó esta reflexión: «Infinitos espíritus se encuentran arruinados por su propia fuerza y ligereza. ¡Qué embriaguez acaba de tomar de su propia agitación y alegría uno de los más juiciosos, ingeniosos y más formados en el aire de esta antigua y pura poesía que otro poeta italiano haya sido jamás...» De esta guisa, transcurre todo el libro, abundante en citas, anécdotas y vastamente ilustrado con atormentadas viñetas de Jean Cocteau. Lo más importante en el juicio, apenas bosquejado, que merece esta obra, reside en que orienta a críticos y ejecutantes y que permite obtener la certeza de que el mundo vivencial de la poesía, a pesar de su profunda contextura emotiva, está regulado por la tuición de la inteligencia sana, mientras más sana mejor... Y que el ligamento de lo supranormal con lo patológico es, a veces, grosero y muy susceptible de disociación.

«RED EN EL GÉNESIS», por Antonio de Undurraga. Editorial «Tegualda». Santiago de Chile.

No es honrado enjuiciar con superficialidad un libro de 220 páginas, de apretada poesía, que trata de resumir una experiencia poética total, desde la Biblia hasta los líricos más modernos, sin olvidar a los cultores de la cuaderna vía, el *kaikai* japonés, ni los fabulistas clásicos anteriores a Cristo. El conjunto de tamaño tentativa es complejo y significaría incompreensión exigir una constante estética, de pura afinación y de permanente acierto expresivo. Empero el lector acucioso recoge dos afirmaciones primordiales: El hecho de una vasta cultura poética y el acto voluntarioso de ampliar esta cultura y su respectiva experi-

mentación artística, a todos los horizontes, sin esquivar oportunidades. Y es así como van engarzándose estos trozos magníficos que a ningún poeta verdadero pueden disgustar:

Mutación de ánimas puras.
 Y mis tímidas manos de doncel
 recorriendo los peces blancos
 de su torso humedecido;
 rodando tras lo impalpable
 de la noche y de su ombligo:
 confusión de manos puras.

(*Nocturno Eficaz*, pág. 16).

Sin embargo, a pesar del anhelo variable y de la voluntad afanosa por ampliar la veta expresiva, deben producirse giros que se repiten, a fuerza de ensayar una técnica siempre igual, ensayada hasta la monotonía. Uno de ellos constituye, a nuestro juicio, la tendencia a encajar la imagen grande sobre las más pequeña, con el fin de obtener un sugerente contraste. Cojamos algunos ejemplos:

Concibo a las mujeres dentro de las campanas
 sollozando once siglos por los falos helénicos
 de saludables llamas.

(*Autobiografía*, pág. 24).

Dios cabe en el ojo de una golondrina

(*Otoño Incorporal*, pág. 85).

Su ceniza cabe en siete cucharas

(*Tiempo Corporal*, pág. 92).

Las citas de igual estilo podrían continuarse, descubriendo un aspecto de este voluble estilo poético, difícil de encasillar o de caracterizar, ya que abarca casi todos los temas de la poesía. Desde lo religioso a lo social gregario y tremante, desde el refinamiento glauco de invernadero a la avanzada patriótica, sin desperdiciar la poesía para niños, ni los asuntos tratados barrocamemente a lo Herrera y Reissig, ni la arenga política, animada de un humorismo truculento. Muy gracioso a veces...

Sólo se echa de menos una mayor vibración lírica, propia únicamente de una mejor contextura del virtuoso. El don gratuito, el temblor mágico que algunos desprecian y que no puede incubarse volitivamente. Pero no es honrado, como dijimos al comienzo, negar a priori, todo este esfuerzo de estilo y forma, de tema y capricho estético que merece sitio entre la poesía más trascendente.

LAUREL DESPIERTO, por Víctor Castro. Ediciones «Acanto».
Santiago de Chile.

Este segundo libro de Víctor Castro, contiene veinte poemas de fina factura que superan sin esfuerzo la producción de su primer libro «Víspera en Llamas», publicado en 1941 a los veinte años de edad y agotado desde hace bastante tiempo. Cumple, además, esta última obra con el requisito primordial de la brevedad, ya que no parece atinada a la pretensión de abrumar al lector con un inmenso muestrario poético, sin darle lo quintaesenciado y fundamental. Pero esta brevedad exige una pureza, finura y personalidad líricas, capaces de diferenciar los poemas entre sí, por muy breves que ellos sean y por limitado que aparezca su conjunto. Así sucede, al menos, con Heine y Gustavo Adolfo Bécquer, dos poetas maestros del tono menor. Víctor Castro, por su parte, ha capitalizado, leyéndolas o sin leerlas, las influencias románticas alemanas y nos da una poesía breve, resonante y estática que no desperdicia ningún elemento sensible